

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

Patria de los cristianos y las guerras cristianas

...si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?” (Mt 5: 46-47)¹

La historia cristiana nunca realizó el verdadero personalismo cristiano, ella realizaba lo opuesto. Lo que inspiraba a los cristianos no era el Sermón de la Montaña, sino la fuerza y la gloria de los estados y naciones, la voluntad militante a la expansión. (Berdiaev. Problema del hombre) ²

Nos acostumbramos a vivir como hipócritas. Considerándonos cristianos en realidad no los somos o somos a medias, pues tomamos del cristianismo lo que nos gusta y lo que no nos gusta, lo ignoramos. Pero si aquel, quién se considera un cristiano -lo mismo que un representante del Pueblo de Dios-, es honesto, debe aceptar también que es un *extranjero y forastero* en esa tierra que desde la caída de Adán se encuentra bajo el poder del espíritu ajeno a Dios (es decir, ajeno a la vida), por el cual Jesús dijo de Si Mismo: “Yo no soy de este mundo” (Jn 8: 23) y “mi Reino no es de aquí.” (Jn 18: 36). Pero vino a este mundo para salvar a su rebaño, es decir, a su Pueblo que se pierde, como se pierden los granos de trigo entre las cizañas. El primero a quién la Sagrada Escritura llamó “*extranjero y forastero*” fue Abrahán, quién dijo: “Extranjero y **forastero** soy entre vosotros.” (Gen 23: 4) A sí mismo se llamó *forastero* también el rey David, el salmista, cuando a causa de la arbitrariedad en la tierra rogó al Señor diciendo:

“Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley. Un *forastero* soy sobre la tierra, tus mandamientos no me ocultes. Mi alma se consume deseando tus juicios en todo tiempo.” (Sal 119: 18-20) o cuando dijo: “Escucha mi súplica, Yahvé, presta oído a mi grito, no te hagas sordo a mis lágrimas. Pues soy un *forastero* junto a ti, un *huésped como todos mis padres*” (Sal 39: 13).

¹. Principalmente se usa la versión de la Nueva Biblia de Jerusalén. Revisada y aumentada. Bilbao 1998

². Es la traducción de la autora de esta página web.

Bajo los “padres” se entienden los descendientes espirituales de Abrahán que a los ojos de Dios representan el Pueblo de Israel, es decir, de Dios que es Espíritu (Ra, Ruah) (Jn 4: 24; Is 44: 5). En este sentido ser *forasteros o extranjeros* en la Biblia significa encontrarse temporalmente en Egipto que simboliza al mundo caído. El profeta Esdras dice al respecto: “Oye, Israel, estas palabras; al comienzo fueron nuestros padres a Egipto, libertados fueron de allí. Y recibieron la ley de vida, la que no observaron, y la que también vosotros transgredisteis, después de ellos.” (4 Esdras 28-30)

Lo que se refiere a la mencionada transgresión, esta, como he dicho en los artículos anteriores, ocurrió, porque el concepto “israelitas” comenzó a entenderse, según la carne que es temporal. En otros términos, ese concepto comenzó a atribuirse a una raza carnal o a una nación terrenal. Entonces el Señor se encarnó y vino a la tierra como Jesucristo y todos los que le pertenecen por su espíritu, empezaron a llamarse cristianos – una definición de la “nueva creación” que se destaca por su espíritu y no por la carne.

“(…) en adelante, **ya no conocemos a nadie según la carne**”, dice el apóstol. “Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así. **Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.**” (2 Cor 5: 16-17).

Así, en la “nueva creación” o en el “hombre nuevo” o entre los que representan la Iglesia de Jesucristo, según el mismo apóstol, ya “no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos.” (Col 3: 9-11), es decir, entre los verdaderos cristianos no existen distinciones nacionales o raciales (carnales), pues todos pertenecen a la única nacionalidad o raza de Jesucristo, *a la única patria* celestial que no es de este mundo y que se forma, como ya fue dicho, por los descendientes espirituales de Abrahán, recogidos de entre las diferentes naciones (en las cuales se encuentran dispersos, según su carne) y *restaurados, según el espíritu*. Por eso a la “nueva creación”, o a los cristianos, el apóstol Pedro los asimismo llama “*extranjeros y forasteros*”:

“Queridos”, dice, “os exhorto a que, como *extranjeros y forasteros*, os abstengáis de las apetencias carnales que combaten contra el alma” (1 Pedro 2: 11). Del mismo modo los llama también el apóstol Pablo mostrando, además, la filiación entre el concepto viejotestamentario “israelitas” y el concepto nuevotestamentario “cristianos”:

“En la fe murieron todos ellos”, dice él respecto a los israelitas, “sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose *extraños y forasteros sobre la tierra*. Los que tal dicen, claramente dan a entender que van en busca *de una patria*; pues si hubiesen pensado en la tierra de la que habían salido, habrían tenido ocasión de retornar a ella. Más bien aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad...” (Hb 11: 13-16).

Notemos que aquí el apóstol contrapone la patria terrenal (adonde no quisieron “retornar” los hijos de Dios) a la patria celestial, a la que denomina “mejor” mostrando así que esas patrias no deben confundirse.

Lo que significa ser *extranjeros y forasteros* en la tierra, nos aclara el apócrifo “Pastor de Hermes”, antaño venerado en la Iglesia igual que los libros canónicos. Reprochando, de hecho, a los cristianos por su hipocresía, el Pastor les dice:

“Sabéis que vosotros los siervos de Dios *estáis viviendo en un país extranjero*; porque vuestra ciudad está muy lejos de esta ciudad. Así pues, si conocéis *vuestra ciudad*, en la cual viviréis, ¿por qué os procuráis campos aquí, y hacéis costosas preparaciones, y acumuláis edificios y habitaciones que son superfluos? Por tanto, el que prepara estas cosas para esta ciudad no tiene intención de regresar a su propia ciudad. ¡Oh hombre necio, de ánimo indeciso y desgraciado!, ¿no ves que todas estas cosas son extrañas, y están bajo el poder de otro? Porque el señor de esta ciudad dirá: “No quiero que éste resida en mi ciudad; vete de esta ciudad, porque no te

conformas a mis leyes." Tú, pues, que tienes campos y moradas y muchas otras posesiones, cuando serás echado por él, ¿qué harás con tu campo y tu casa y todas las otras cosas que has preparado para ti? Porque el señor de este país te dice con justicia: "O bien te conformas a mis leyes, o abandonas mi país." ¿Qué harás, pues, tú que estás bajo la ley de tu propia ciudad? ¿Por amor a tus campos y el resto de tus posesiones repudiarás tu ley y andarás conforme a la de esta ciudad? Vigila que no te sea inconveniente el repudiar tu ley; porque si quieres regresar de nuevo a tu propia ciudad, con toda seguridad no serás recibido [porque has repudiado la ley de tu ciudad], y se te excluirá de ella. Vigila, pues; como residente en una tierra extraña no prepares más para ti, como no sea lo estrictamente necesario y suficiente, y está preparado para que, cuando el señor de esta ciudad desee echarte por tu oposición a su ley, puedas partir de esta ciudad e ir a tu propia ciudad, y usar tu propia ley gozosamente, libre de toda ofensa." (Pastor de Hermas- Pb 1[50]).³

Recordemos que Abrahán, Isaac y Jacob vivieron como *forasteros* en la tierra. Esperando entrar a la tierra prometida que es su patria celestial, ellos no construían casas en la tierra corrupta y vivieron en las tiendas que eran alojamientos temporales.

Refiriéndose al modo de vida de los cristianos, el apóstol Pablo dice: "Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa." (1 Cor 7: 29-31).

El sentido de esas palabras se expresa aun más vivamente en la Epístola apócrifa a Diogneto, donde se describe la conducta de los verdaderos cristianos sobre la tierra. Según esa epístola, los cristianos

“residen en sus propios países, -* pero sólo *como transeúntes*;
comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, - y soportan todas las opresiones como los *forasteros*.
Todo país extranjero les es patria,- y toda patria les es extraña.
Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; - pero no se desembarazan de su descendencia**.
Celebran las comidas en común, - pero cada uno tiene su esposa.
Se hallan en la carne, - y, con todo, no viven según la carne.
Su existencia es en la tierra, - pero *su ciudadanía es en el cielo*.
Obedecen las leyes establecidas, - y sobrepasan las leyes en sus propias vidas.
Aman a todos los hombres, - y son perseguidos por todos.
No se hace caso de ellos, - y, pese a todo, se les condena.
Se les da muerte, - y aun así están revestidos de vida.
Piden limosna, - y, con todo, hacen ricos a muchos.
Se les deshonoran, - y, pese a todo, son glorificados en su deshonor.
Se habla mal de ellos, - y aun así son reivindicados.
Son escarnecidos, - y ellos bendicen;
son insultados, - y ellos respetan.
Al hacer lo bueno - son castigados como malhechores;
siendo castigados - se regocijan, como si con ello se les reavivara.”
(Epístola a Diogneto V)⁴

3. *Pastor de Hermas: Los Padres Apostólicos*, por J. B. Lightfoot. Editorial CLIE www.clie.es también:

<http://escrituras.tripod.com/Textos/Hermas.htm>

4. *Epístola a Diogneto*: <http://escrituras.tripod.com/Textos/Diogneto.htm>

* Las guiones agregué, para destacar más las contraposiciones.

** ...como lo hacen, por ejemplo, los que abortan a sus hijos.

Esas palabras atestiguan que los verdaderos cristianos son personas totalmente privadas de la miseria y codicia. En la tierra nada consideran suyo: ni la casa en la que viven, ni a la mujer e hijos que tienen, ni el país en el que nacieron en la carne, aunque lo traten mucho mejor que lo hacen los que no conocen ninguna otra patria. Todo esto se debe a la libertad e independencia interior que parten justamente de la conciencia de su peregrinaje temporal en la tierra y de sus preferencias de los valores espirituales y eternos. Con esta libertad nunca van en contra de su conciencia para obtener bienes temporales y satisfacer la carne. Por eso tarde o temprano, sin desearlo, acaban en un conflicto con la sociedad que vive, según otros principios, se hacen no deseables en ella y perseguidos, aunque es precisamente gracias a su altruismo que el mundo alrededor no se hunde en el caos total. La misma Epístola a Diogneto así explica su lugar en el mundo:

“Lo que el alma es en un cuerpo, esto son los cristianos en el mundo. El alma se desparrama por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos por las diferentes ciudades del mundo. El alma tiene su morada en el cuerpo, y, con todo, no es del cuerpo. Así que los cristianos tienen su morada en el mundo, y aun así no son del mundo. El alma que es invisible es guardada en el cuerpo que es visible; así los cristianos son reconocidos como parte del mundo, y, pese a ello, su religión permanece invisible. La carne aborrece al alma y está en guerra con ella, aunque no recibe ningún daño, porque le es prohibido permitirse placeres; así el mundo aborrece a los cristianos, aunque no recibe ningún daño de ellos, porque están en contra de sus placeres. El alma ama la carne, que le aborrece y (ama también) a sus miembros; así los cristianos aman a los que les aborrecen. **El alma está aprisionada en el cuerpo, y, con todo, es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos son guardados en el mundo como en una casa de prisión, y, pese a todo, ellos mismos preservan el mundo. El alma, aunque en sí inmortal, reside en un tabernáculo mortal; así los cristianos residen en medio de cosas perecederas, en tanto que esperan lo impercedero que está en los cielos.**” (Epístola a Diogneto VI)

Cuando los cristianos hayan sacados de este mundo, el último se hundirá en el caos, pues como dice el apóstol, “el ministerio de la impiedad ya está actuando. Tan sólo con que sea quitado de en medio el que ahora le retiene, entonces se manifestará el Impío...” (2Tes 2: 7-8), es decir, el impío se manifestará, cuando el mundo perderá el alma que lo contiene.

Así, podemos decir, que los verdaderos cristianos representan el alma del mundo, o el eje horizontal de la Cruz Divina. Y aunque los cristianos residen en el mundo carnal, no son de este mundo.

Lo mismo nos dice también la Leyenda apócrifa del Rey Ábgaro⁵, donde los cristianos se comparan con los *viajeros y forasteros* que al pasar la *noche* en la tierra, regresan a sus casas que están en lugares, adonde se fue el Hijo, para preparar a cada uno de ellos lo que él merece.

Sin embargo, a pesar de todas estas indicaciones unívocas de Jesucristo, de los profetas y apóstoles, los que se consideran cristianos, no solamente siguen distinguiendo unos a otros por la carne racial o por la nacionalidad; no sólo compran para sí mismos campos y construyen viviendas suntuosas atestiguando así que no conocen otra patria excepto la que está en la tierra, sino se amañaron también a dividirse entre ellos mismos

5. Leyenda del Rey Ábgaro, la versión siríaca en ruso: [E.Н.Меуцёрская. Легенда об Авгаре. М.: Наука, 1984. С. 185-203.](http://krotov.info/acts/04/3/0399avgar.html)
<http://krotov.info/acts/04/3/0399avgar.html>

y condecorarse mutuamente con la anatema. A estos el pastor los llama “necios, de ánimo indeciso y desgraciado”, porque de palabra se llaman cristianos, pero de hecho se quedan idólatras – un hecho que denuncia a la Iglesia que no tiene una teología profundamente desarrollada en la base de la Palabra de Dios y predestinada a ser una orientación para los clérigos respecto a todos los asuntos de la fe. El conocimiento que daría, además de otras cosas, no le habría permitido confundir la patria celestial con la terrenal. Esa confusión se manifiesta especialmente vivo en los tiempos de las guerras que rompen uno de los preceptos principales de Dios: “¡No matarás!” (Ex 20: 13).

Ese precepto es universal, prohíbe cualquier asesinato, incluso si se efectúa para salvar a sí mismo o para salvar a sus prójimos, pues en realidad “se salva” el cuerpo mortal lo que de todos modos morirá, mientras que el alma eterna sufre un daño irreparable, porque si el hombre rompe el legado de Dios para salvar su vida, él, según la Palabra de Jesús, la pierde:

“... quien quiera salvar su vida, la perderá”, dice el Señor, “pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 25)

Además, el problema del mal no se resuelve por la salvación de una carne a través de la matanza de otra carne. La semejante “salvación” sólo aumenta el mal, pues el último no más que reside en la carne mortal y siendo un espíritu impuro no se elimina con el arma física. En relación con esto se queda claro, por qué Jesucristo mandó no empuñar nunca la espada, incluso, cuando se lo hace para “defender” al Señor Mismo, Quién, a propósito, no necesita ayuda de nadie.

“Vuelve tu espada a su sitio” dijo Jesús al apóstol que “echó mano a su espada, la sacó e, hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, le llevó la oreja”, “porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?” (Mt 26: 51-53). Y tocando la oreja del siervo la curó (Lc 22: 49-51)

La misma idea se repite en el Apocalipsis de Juan, donde el Señor dice:

“Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto” Y se concluye, refiriéndose a los cristianos: “Aquí está la paciencia y la fe de los santos” (Ap 13: 10 V. Reina Valera 1960). O en otro lugar:

“...Manténte fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida” (Ap 2: 10).

Todo lo dicho Él aclara de la siguiente manera:

“«Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra: al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda. «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.» (Mt 5: 38-48).

Eso significa que si nosotros al defender a nuestros hermanos por la carne y la sangre *matamos* a los enemigos, obramos como idólatras que no saben la Ley y por eso no podemos pretender algún día adquirir la imagen divina, porque Dios “hace salir su sol sobre malos y buenos”; porque al no obedecer a la Palabra del Señor demostramos que nos amamos más a nosotros, que a Dios, y juzgamos a pesar de que nos se ha dicho: “No juzguéis, para que no seáis juzgados.” (Mt 7: 1)

No obstante, la historia terrenal del cristianismo se manifestó justamente con guerras sangrientas que la Iglesia no sólo bendecía, sino en cuales también participaba, hasta a veces la misma las emprendía justificando las pasiones idólatras que hervían en el pueblo, con la defensa del Señor, de la fe y de la Patria a la que declaraba “santa”. Tal fue la consecuencia del compromiso con el mundo en el que entró la Iglesia adquiriendo la imagen del poder estatal que “vela” por la patria terrenal. Y así fue tanto en la antigüedad como es hoy. Se lo atestiguan las enseñanzas de las Iglesias.

Entre los ortodoxos rusos es común creer que el mal se elimina a través de las guerras, aunque estas se consideren lamentables. Lo dicen, por ejemplo, tales autores como Vl. Rogoza quién escribió el artículo “¿Por qué la ortodoxia rusa cree que las matanzas y guerras son enteramente admisibles?”⁶ o el arcipreste Al. Grigoriev, el autor de la obra “La Sagrada escritura sobre la guerra y sobre el servicio militar”⁷ o el diacono P. Pajomov en su artículo “La ortodoxia y la guerra: pues ¿se debe o no defender su patria?”⁸ etc.

Todas esas obras atestiguan que procurando reconciliar los desacuerdos entre la Palabra de Dios y las necesidades militares en la tierra, la Iglesia intenta “teológicamente” justificar las últimas y poniendo “orden sobre orden, regla sobre regla” (Is 28: 10), de hecho, contrapone su palabra a la de Dios. Y lo hace alterando el sentido de la Palabra de Dios, según su parecer. Así, Vl. Rogosa impugnando las palabras de Jesucristo respecto a no empleo de la violencia ante la maldad, cita a los filósofos ortodoxos que consideran esas palabras de Jesús erróneas. Por ejemplo, cita a L.P. Krasavin, quien escribe: “Esa enseñanza se opone a la verdad cristiana, antes de todo porque propaga la inacción, mientras que el cristianismo llama al amor activo y la inacción la considera como pecado”. Con esto él olvida que el amor activo no perjudica a nadie y que la actividad cristiana consta sólo de la actividad o acción espiritual. O, por ejemplo, cita a I.A. Iiin quién dedicó al problema por lo menos dos obras (“Sobre la resistencia al mal a través de la violencia” o “La principal contradicción moral de la guerra”), en las cuales destacó que lo que pertenece al hombre no es el derecho, sino el deber acudir a la fuerza, es decir, a la violencia, por supuesto, si la misma “se resulte la única salida o la menos injusta”.

Entonces, aun cuando estos escritores se llamen a si mismos filósofos cristianos, van claramente contra la Palabra de Cristo, la que explican o corrigen, según su parecer. Y lo hacen no sólo los filósofos, sino también muchos de los clérigos ortodoxos. El mismo Vl. Rogosa propone bastantes ejemplos revelando la posición de algunos de los padres de la Iglesia y de los sacerdotes respecto al asunto en cuestión. Particularmente, él cita las palabras de Alexio (de Simán), el metropolitano de Leningrado, quién en los primeros días de la Segunda Guerra Mundial se dirigió a todos los creyentes ortodoxos con las siguientes palabras:

“La guerra es un acto horrible y funesto para aquellos, quienes la emprenden sin necesidad, sin justicia y con la sed del saqueo y de la esclavización. Pero la guerra es también un acto santo para aquellos, quienes la emprenden por la necesidad, para defender la verdad, y la Patria. En este caso los que se toman el arma, realizan una verdadera hazaña y si sufren una herida o

6. Владимир Рогоза «Почему русское православие считает убийства и войны вполне допустимыми?»:

<http://shkolazhizni.ru/archive/0/n-14047/>

7. Священное Писание о войне и воинском служении. – статья протоиерея Ал. Григорьева:

<http://www.pravoslavie.ru/jurnal/1324.htm>

8. Диякон Петр Пахомов «Православие и война: так надо ли защищать своё отечество?»

http://ruskline.ru/analitika/2010/09/14/pravoslavie_i_vojna_tak_nado_li_zawiwat_svoe_otchestvo/

pierden su vida por sus consanguíneos, por su Patria, van tras los mártires hacia la corona eterna e incorrupta” Y dirigiéndose a los soldados él exclamó: “Nosotros bendecimos su hazaña militar y firmemente creemos que el Señor de las fuerzas está con ustedes en esta sagrada lucha y que a su noble impulso dará su ayuda y su fuerza milagrosa”.

Así, el metropolitano olvida que cada parte tiene su propia “verdad” e iguala a los soldados caídos por la patria terrenal con los mártires que dieron su vida por el Señor. Tampoco está conciente que, de hecho, repite la convocatoria de los generales paganos que alientan a sus soldados a la lucha y los animan a defender los intereses de sus “consanguíneos”, es decir, de aquellos, con quienes están vinculados por la carne y sangre. Mientras tanto los “consanguíneos” no siempre son prójimos por el espíritu, ya que unos son honestos y fieles y los otros son ladrones, traidores y homicidas y por eso no pueden subsistir juntos. Con todo, los semejantes clérigos declaran santa la patria terrenal - justamente aquella en la que los verdaderos cristianos se sienten *extranjeros* y *forasteros*, pues sus pensamientos están con la patria celestial.

Lo dicho no se trata sólo de la Iglesia Ortodoxa rusa, sino concierne también a otras Iglesias y antes de todo a la Iglesia Apostólica Armenia que tampoco suele considerar las sagradas escrituras desde el punto de vista del espíritu que las engendró, pues muy frecuentemente lo hace desde el punto de vista terrenal. Veremos, por ejemplo, el artículo “La Iglesia Apostólica Armenia en defensa de la Patria”, escrito por L. Melik-Shajnazarian.⁹ En el mismo el autor considera como un mérito de la Iglesia Armenia el hecho de estar a lo largo de su historia en la vanguardia del movimiento nacional del pueblo armenio, cumpliendo los deberes tanto del poder espiritual como del poder estatal, y admira a los sacerdotes y diáconos armenios que defendían su patria metiéndose a la batalla con el arma en las manos y gritando: “Dios está con nosotros”.

Pero preguntémosnos: ¿cuál es la patria por la cual la Iglesia bendice a los cristianos a matar y morir? ¿Cuál es a la que la llama santa? ¿la terrenal o la celestial? ¿Qué verdad defiende? ¿En qué Dios llama a confiar, si es la patria terrenal a la que declara santa y si es el bienestar terrenal, lo que aspira? ¿A quienes llama prójimos? Y las contraposiciones raciales o nacionales, ¿no son, acaso, manifestaciones del puro paganismo? Pues Dios no hace tales contraposiciones, sino dice al revés:

“... si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?” (Mt 5: 46-47). Conformemente con esto podemos agregar: si defendéis sólo a tus consanguíneos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?

Pero las iglesias no se hacen tales preguntas. En total acuerdo con la especulación pagana, ellas, según la costumbre humana, tratando de conciliar la Palabra de Dios con las exigencias del poder terrenal y justificar la necesidad del uso de la violencia, dividen las guerras en justas e injustas. La Iglesia Ortodoxa o la Iglesia Armenia, como vimos, consideran justas las guerras en defensa de la patria terrenal a la que declaran santa, mientras que en las pasiones que las provocan, ven simplemente una “ira justa”. Y lo que se refiere a la Iglesia Católica que organizó las cruzadas en defensa del Santo Sepulcro, declaró justas también las guerras en defensa de Jesucristo y de santos lugares cristianos, estableciendo los siguientes elementos tradicionales de su legitimidad:

«Se han de considerar con rigor las condiciones estrictas de una *legítima defensa mediante la*

9. Левон Мелик Шахназарян «Армянская Апостольская Церковь на защите Родины»

<http://www.hayadat.ru/new/?n=2&p=5&pp=22>

fuera militar. La gravedad de semejante decisión somete a ésta a condiciones rigurosas de legitimidad moral. Es preciso a la vez:

- Que el daño causado por el agresor a la nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto.
- Que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces.
- Que se reúnan las condiciones serias de éxito.
- Que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar. El poder de los medios modernos de destrucción obliga a una prudencia extrema en la apreciación de esta condición....».¹⁰

Estos antiguos postulados se han preservado su legitimidad hasta hoy. Lo demuestra, por ejemplo, el artículo “Matar en defensa propia y guerra justa” escrito por el Padre Jorge Loring, el sacerdote jesuita, autor de “Para Salvarte”, donde leemos:

“Al prójimo **se le puede matar** en tres casos: en la guerra justa, en defensa propia y en la justa aplicación de la pena de muerte. El mandato divino "No matarás" significa que nadie puede matar sin motivo y sin razón. Pero hay circunstancias en las que hay una justificación.”

Más adelante él dice respecto a la defensa propia:

“En **defensa propia** se puede matar cuando alguien quiere matarnos injustamente, o hacernos un daño muy grave en nuestros bienes, equivalente a la vida; si no hay otro modo eficaz de defenderse. No es necesario esperar a que él nos ataque. Basta que nos conste que él tiene un propósito decidido de matarnos, y sólo está esperando el momento oportuno para hacerlo; y no hay otro modo de salvar la vida que adelantarse y atacar primero. Esto en el terreno moral, independientemente de la ley civil. Lo que se permite en defensa propia se autoriza igualmente en pro del prójimo injustamente atacado. La caridad fraterna puede obligar a esto, pero no a exponer la propia vida, a no ser que se trate de parientes cercanos o esté uno obligado por contrato (guardias, policías)”¹¹

Como vemos, aquí también la palabra de Dios, se corrige o se interpreta, según las necesidades terrenales y carnales. Y se lo hace con total desprecio del hecho que cada carne tiene su propio concepto de la justicia y que en las guerras llamadas “justas” las Iglesias siempre defienden algo terrenal justificando esa defensa por la “ira justa”. Mientras tanto los apóstoles afirman, que *cualquier* ira, siendo una manifestación de pasiones paganas, invariablemente lleva al derramamiento de la sangre en la tierra, lo que en ningún caso no se justifica desde el punto de vista de la Palabra de Dios. Por eso el apóstol exige: “desechad [...] todo esto: cólera, ira, maldad, maledicencia y palabras groseras, lejos de vuestra boca. No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras” (Col 3: 8-9), porque “Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo” (1Tes 5: 9).

Y aunque las palabras del apóstol no reciben la merecida atención, para un cristiano

10. Véase: Historia de la Iglesia. Epoca Medieval. Sexta parte: El siglo XII, capítulo I: Las cruzadas. Desde la primera cruzada hasta 1204. - Doctrina tradicional de la “guerra justa”. Catecismos y Summa teológica: - [Catecismo de la Iglesia Católica](#), 2309 [Tercera parte. La vida en Cristo. Segunda sección. Los diez mandamientos. Capítulo segundo. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Artículo 5. El quinto mandamiento. III. La defensa de la paz. Evitar la guerra]. [Doctrina tradicional de la “guerra justa”. Catecismos y Summa teológica: \[http://mercaba.org/FICHAS/IGLESIA/HT/indice_historia_iglesia.htm\]\(http://mercaba.org/FICHAS/IGLESIA/HT/indice_historia_iglesia.htm\)](#)

11. P. Jorge Loring *Matar en defensa propia y guerra justa*. - Catholic. Net. | Fuente: Para Salvarte: <http://es.catholic.net/sexualidadybioetica/350/1784/articulo.php?id=6275>

sincero debe estar claro, que toda justificación del uso de la violencia es un intento de ennoblecer las pasiones de la carne que no pueden someterse a la Palabra de Dios y, de hecho, reemplazan la Santa Patria celestial por la “santa” patria terrenal. Tras estos intentos en realidad se esconden las fuerzas del mal “que actúan en los rebeldes” (Ef 2: 2). Justamente por ellas se dirigen aquellos filósofos y teólogos que intentan justificar la violencia. A ellos haría que preguntar: ¿si se consideran a sí mismos mayores de Jesucristo Quién teniendo el poder llamar a su disposición legiones de ángeles, por la edificación nuestra prefirió soportar uno tras otro todos los escarnios a Él y con su muerte mostrar a todo el mundo el único verdadero camino de la salida del mundo del mal? Pero los que no entienden eso, contrariamente, a menudo suelen citar las siguientes palabras de Jesús referidas a la espada: “Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada” (Lc 22: 36). Basándose en estas palabras del Señor o quitando del contexto lógico de la Sagrada Escritura las siguientes: - “No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada.” (Mt 10: 34) -, ellos procuran convencer a los creyentes a derramar la sangre de los enemigos con el fin de vivir tranquilo en la tierra, aunque se ha dicho, que Cristo “murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” (2 Cor 5: 15). Con esto ellos no se dan cuenta de la futilidad de cualquier tipo de violencia porque la misma no destruye el mal y, consiguientemente, los resultados de las guerras son temporales e ilusorios. Además, las guerras conciernen a los reyes y gobernantes terrenales y no a la Iglesia, cuya arma debe ser plenamente espiritual y dirigida contra las fuerzas espirituales y no terrenales. Cada hombre, por poco sea imparcial, entiende que en las citas mencionadas Jesús no habla del arma física, sino de la Palabra de Dios que, como nos transmite el apóstol, “es viva... y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón.” (Hb 4: 12).

Al principio los apóstoles no entendieron las palabras de Jesús y justamente por eso Pedro intentó a defenderlo con la espada física, aun sin darse cuenta, que de los asuntos del mundo espiritual se puede hablar en la tierra sólo a través de las alegorías. Para que más adelante ya nadie confunda los objetos y fenómenos espirituales mencionados en la Palabra de Dios, con los objetos y fenómenos físicos y terrenales, el apóstol Pablo aclara:

“¡No!, las armas de nuestro combate no son carnales, antes bien, para la causa de Dios, son capaces de arrasar fortalezas. Deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo.” (2 Cor 10: 4-5).

Entonces, está claro que la verdadera Iglesia no lucha contra los recipientes de carne y de sangre, que son nada por sí mismos, sino *contra* el espíritu que se instaló en ellos, el que no se elimina con la espada física; lucha *contra* aquel a quién el apóstol llamó “Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa en los rebeldes...” (Ef 2: 2) y con quien se puede luchar sólo con la Palabra de Dios convertida en carne y sangre del hombre.

“Revestíos de las armas de Dios”, dice el apóstol, “para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes. ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Cielo por el Evangelio de la paz, abrazando

siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos,” (Ef 6: 11-18).

De ahí podemos concluir, cuáles son las armas de Dios. La primera es **“la cintura ceñida con la Verdad”** que, como aclara el apóstol Pedro, se refiere a *“los lomos de espíritu”* (1 Pedro 1: 13); la segunda es **“el escudo de la Fe”**, es decir, la defensa que no se perfora por ninguna arma; la tercera es **“la coraza de la Justicia”**, o la coraza *“de la fe y de la caridad”* (1 Tes 5: 8) que representan la base de la justicia; la cuarta arma se refiere a **“los pies calzados con el Celo por el Evangelio de la paz”** que simbolizan la acción de los cristianos; la quinta es **“el yelmo de la salvación”** o *“la esperanza de salvación”*, (1 Tes 5: 8) y la sexta, es **“la espada del Espíritu”** que se refiere a *la Palabra de Dios*. A todo este “arsenal” el apóstol Pablo lo llama “las armas de la luz” (Rom 13: 12) o las armas de los hijos “del día” (1 Tes 5: 8). Son las mismas que han mencionado también los profetas. Por ejemplo, el profeta Isaías al contar sobre la futura guerra del Cristo con el mundo, decía de Él:

“Se puso la justicia como coraza y el casco de salvación en su cabeza. Se puso como túnica vestidos de venganza y se vistió el celo como un manto.” (Is 59: 17).

De las mismas armas leemos también en el Apocalipsis de Juan:

“De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso.” (Ap 19: 15) o “Arrepiéntete, pues; si no, iré pronto donde ti y lucharé contra éstos con la espada de mi boca.” (Ap 2: 16).

Entonces, ¿qué es, según las escrituras, lo que deben hacer, los verdaderos cristianos, cuando alguien atenta contra su vida, su bienestar, su familia, sus propiedades, sus prójimos, su patria, etc.?

Jesucristo les deja la única salida: soportar, si es necesario, todo hasta el fin confiando sólo en la Palabra de Dios, pues *los tesoros de los cristianos no son de este mundo*. Y destaca: “Aquí está la paciencia y la fe de los santos”. (Ap 13: 10 V. Reina Valera 1960).

“«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”, aclara en otro lugar, “tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 24-25).

“Negarse a sí mismo” significa servir sólo a la Palabra del Señor que es superior a cualquier afecto carnal, incluso al afecto a la patria terrenal, porque si uno es cristiano, ya es muerto para la vida terrenal y su nacionalidad o raza es Cristo Mismo que salva a través del amor. En cuanto a las nacionalidades o razas terrenales, estas corresponden al concepto del prójimo, al que se debe amar después de Dios. Y lo que se refiere a “tomar su cruz” y seguirle al Señor, a pesar de lo que los evangelios lo relacionen con las penas e injusticias que deben llevarse con paciencia, muchos de los eclesiásticos lo entienden literalmente y llevan las cruces en forma de banderas y pancartas en las batallas. En consecuencia, como ha notado el gran filósofo ortodoxo N. Berdiaev,

“La historia cristiana nunca realizó el verdadero personalismo cristiano, ella realizaba lo opuesto. Lo que inspiraba a los cristianos no era el Sermón de la Montaña, sino la fuerza y la gloria de los estados y naciones, la voluntad militante a la expansión.” (Berdiaev. Problema del hombre).

De lo dicho sigue la conclusión que la mayoría de los que se creen cristianos, se quedan medio paganos.

Mientras tanto aun en el Antiguo Testamento tenemos un ejemplo de la verdadera proeza cristiana, - que, a propósito, una vez más manifiesta la identidad de la enseñanza del Antiguo y Nuevo Testamentos. Se trata del segundo libro de Macabeos donde hay un relato sobre una madre que luchaba por las almas de sus siete hijos rogándolos no renunciar la verdad de Dios aunque lo exigiera el cruel rey pagano que los venció, incluso si por eso tendrían que sacrificar su vida terrenal.

“Animaba a cada uno de ellos en su lenguaje patrio”, leemos en el, “y, llena de generosos sentimientos y estimulando con ardor varonil sus reflexiones de mujer, les decía: «Yo no sé cómo aparecisteis en mis entrañas, ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno. Pues así el Creador del mundo, el que modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas, *os devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes.*».... Se inclinó sobre él y burlándose del cruel tirano, le dijo en su lengua patria: «Hijo, ten compasión de mí que te llevé en el seno por nueve meses, te amamanté por tres años, te crié y te eduqué hasta la edad que tienes (y te alimenté). Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir de la nada lo hizo Dios y que también el género humano ha llegado así a la existencia. No temas a este verdugo, antes bien, mostrándote digno de tus hermanos, *acepta la muerte, para que vuelva yo a encontrarte con tus hermanos en la misericordia.*»” (2 Mac 7: 21-23, 27-29)

¿Qué le daba fuerzas a esa madre? Efectivamente, fue una fe profunda que equivale al conocimiento de la verdad de la vida. La mencionada Epístola a Diogneto explica bien la raíz de tales ánimos diciendo:

“(...)entonces condenarás el engaño y el error en el mundo; cuando te des cuenta que la vida verdadera está en el cielo, cuando desprecies la muerte aparente que hay en la tierra, cuando temas la muerte real, que está reservada para aquellos que seran condenados al fuego eterno que castigará hasta el fin a los que sean entregados al mismo. Entonces admirarás a los que soportan, por amor a la justicia, el fuego temporal, y los tendrás por bienaventurados (...)” (Epístola a Diogneto X)

Eso fue lo que le daba fuerzas y por eso a pesar de la exhortación del rey pagano para que convenza a sus hijos de aceptar las leyes del mundo pagano y así pueda conservar sus vidas terrenales, les rogaba que se sacrificuen por la verdad de la Vida que está en los cielos y así eviten la segunda muerte, más horrorosa, - aquella la que menciona el Ángel de Dios diciendo: “el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda.” (Ap 2: 11).

Fue por la misma razón que el apóstol había dicho:

“Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Fil 3: 7-8)

Está claro que todo lo dicho en este artículo no se trata de no defender a sus prójimos, sino de cómo hacerlo y como lo debe hacer la Iglesia. Su área es la Palabra y el Espíritu. Precisamente con ellos debería defender a sus parroquianos inculcándoles la fe en la justicia suprema, y no con el arma física, cuya porte equivale al regreso a Egipto. Tanto más que no hay nada más poderoso y demoledor que la Palabra de Dios y el Espíritu que la contiene. Pero esa verdad se entiende únicamente por la Fe. Como nos recuerda el apóstol Pablo, los hijos de Dios “por la fe, sometieron reinos, hicieron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la

boca a los leones; apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, curaron de sus enfermedades, fueron valientes en la guerra, rechazando ejércitos extranjeros” (Hb 11: 33-34).

Si el cristiano toma el arma para derramar la sangre del enemigo con el fin de conservar su propia vida, su propio bienestar, su patria, sus familiares, etc., lo hace sólo por la falta de la fe y así obra como un verdadero pagano que desconoce la Ley de la Vida.

Es muy doloroso el hecho que siendo llamada a educar la fe en las personas, la Iglesia en muchas ocasiones la destruye provocando un daño irreparable en sus parroquianos que a su vez comienzan a confundir los conceptos espirituales con los terrenales. La raíz de esta alteración está en el hecho que al llamarse pastores muchos de los clérigos no llevan en sí mismos “el morir de Jesús” (2 Cor 4: 10), sus ojos están abiertos sólo para este mundo en que quieren gobernar olvidando a menudo que es el mundo contrario al Señor. Bendicen las armas y hasta ellos mismos muestran su disposición a participar en los combates no espirituales.



12

Es de tales el salmista había dicho antaño:

“Me arrebató el furor por los impíos que abandonan tu ley.” (Sal 119: 53).

Realmente, ellos no recuerdan o no saben que sólo es el pagano quién se defiende matando, mientras que el Hijo de Dios vence con el Espíritu. Y por más que parezca absurdo desde el punto de vista de los intereses terrenales renunciar a todo sin preocuparse mucho de su propia vida en la tierra, para el “hombre nuevo” en Cristo es indispensable. Mas cuando la Iglesia rompe el legado “no matarás” o cuando altera el significado de este precepto, siempre procede **“naturalmente”**, es decir, **“no capta las cosas del Espíritu de Dios”**, pues resulta que **“son necedad para (ella). Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas.”** (1 Cor 2: 14). Así se revela su doblez e hipocresía que desacreditan todo el mundo cristiano. El apóstol Pablo decía de tales: “todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús.” (Flp

2: 21). Los sacerdotes y profetas, igual que en los tiempos del profeta Isaías, “erraron con el vino, y con sidra se entontecieron; el sacerdote y el profeta erraron con sidra, fueron trastornados por el vino; se aturdieron con la sidra, erraron en la visión, tropezaron en el juicio.(...) La palabra, pues, de Jehová les será mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos..” (Is 28: 7 y 13; Reina-Valera 1960)

Son aquellos de los cuales Jesús había dicho:

“Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres.»” (Mt 15: 7-9). Y también: “Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"” (Mt 7: 22-23)

A tales de sus representantes con toda justicia podríamos atribuir también las siguientes palabras del apóstol: “Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios. (...) el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones.” (Rom 2: 23-24)

12

a)

<http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fantikor.com.ua%2Farticles%2F28876->

http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fwww.forospe.ru.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-4&ei=9mv3VKu6CsauggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215

b)

http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fwww.forospe.ru.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-4&ei=9mv3VKu6CsauggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215

c)

http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=http%3A%2F%2Fwww.forospe.ru.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-4&ei=9mv3VKu6CsauggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215

d)

http://www.google.com.ar/url?sa=i&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAcQjB0&url=https%3A%2F%2Fwww.forospe.ru.net%2Ftemas%2Fpapa-francisco-rabino-y-lider-musulman-se-dan- emotivo-abrazo.618044%2Fpagina-4&ei=9mv3VKu6CsauggSKhYKgBQ&psig=AFQjCNEkWMY_iaZuR4KGvvWCToOFTJqIvQ&ust=1425587574229215